

¿QUÉ ES *ESTO*? NEOLIBERALISMO, FASCISMO Y ESTRATEGIAS DE SUBJETIVACIÓN POLÍTICA

Santiago Roggerone

INTRODUCCIÓN

Un interrogante que desde hace algunos años acosa a politólogos y teóricos políticos atentos a las especificidades de la realidad latinoamericana es el de cómo caracterizar y/o conceptualizar los liderazgos que, *por derecha*, han surgido o se han consolidado en la región. En efecto, ¿qué es *esto*? ¿Nos hallamos ante nuevas formas del autoritarismo, fascismos a secas, populismos retrógrados, democracias anti-liberales, (neo)liberalismos antidemocráticos o plutocracias de derechas? El contexto en el que se emplaza esta legítima inquietud es, por supuesto, el del agotamiento del ciclo de populismos de izquierdas que inició con el nuevo milenio en Sudamérica, y, más específicamente aún, el del trágico rumbo que ha tomado la experiencia chavista; la victoria de Mauricio Macri en las elecciones presidenciales de 2015 en la Argentina; la destitución de Dilma Rousseff, la proscripción y encarcelamiento de Luiz Inácio Lula da Silva y el eventual triunfo electoral de Jair Messias Bolsonaro en el Brasil; los estallidos sociales ocurridos en Ecuador, Chile, Colombia y, más recientemente, Perú; el intento de establecer un gobierno paralelo en Venezuela, el golpe de Estado en Bolivia, y la más general persecución mediática y judicial—denominada también *lawfare*— desatada contra dirigentes y fuerzas políticas a los que mayoritariamente se acusa de corrupción.

Esta peculiar trama —a la que habría que sumar, a nivel de los antecedentes fundamentales, los golpes institucionales ocurridos en Honduras en 2009 y Paraguay en 2012— se inserta o forma parte, a su vez, de una más amplia situación en la que el capitalismo neoliberal enfrenta una crisis orgánica¹ que desafía a aquel tanto por izquierda como por derecha, y en la que los *populismos progresivos y reaccionarios* disputan la hegemonía política global. De 2008 para acá, dicha crisis —esto es, dicho *colapso*— ha tomado expresión a través de una serie de interesantes acontecimientos y movimientos emancipatorios (Primavera Árabe, Occupy Wall Street, Indignados, Nuit Debout, Antifa, Gilets Jaunes), la emergencia de corrientes neorreformistas en el Norte Global (Bloco de Esquerda, Die Linke, Syriza, Podemos, Front de Gauche, Corbyn, Sanders y los Democratic Socialists of America) e incluso la irrupción mundial de “un *feminismo para el 99 por ciento*” (Arruzza, Bhattacharya y Fraser, 2019, p. 5). Otros aspectos un tanto más mórbidos o “morbosos” de este “interregno” —un período transitorio, como diría Antonio Gramsci (1981, p. 37), en el que “lo viejo muere y lo nuevo no puede nacer”— son el drama migratorio y de los refugiados, fenómenos aberrantes como el terrorismo yihadista e ISIS, el ascenso de la Alt-Right y organizaciones paramilitares como Proud Boys en los Estados Unidos, el fortalecimiento de fuerzas políticas reaccionarias en Europa (Front National, Alternative für Deutschland, Lega Nord, Amanecer Dorado, Vox), tendencias hacia el cesarismo y la dominación despótica del capital (Brexit, Trump, Bolsonaro) y la consolidación de un escenario más general en el que las “derechas (...) le disputan a la izquierda la capacidad de indignarse frente a la realidad y de proponer vías para transformarla” (Stefanoni, 2021, p. 15).

Hay, además, una tercera capa de la Mamuschka, pues los actuales son tiempos de crisis ecológica y cambio climático —nuevamente, de *colapso*— en los que, a nivel del imaginario ideológico, finales del mundo de todo tipo reverberan y el *Antropoceno* en cuanto tal —un término acuñado por el químico Paul Crutzen y el biólogo Eugene Stoermer para dar cuenta de la época geológica cuaternaria que habría sucedido al Holoceno, tematizada también como *Capitaloceno* o *Chthuluceno*— se encamina hacia su culminación.² La enfermedad

1 Desde el punto de vista de lo que Robert Kurz (2016) y la *Wertkritik* plantean, podría decirse que el colapso moderno-civilizador ya ocurrió, y que, como sugiere McKenzie Wark (2019), esto es algo incluso peor, movimientos antisistémicos, un concepto introducido originalmente por los teóricos del sistema-mundo (Arrighi, Hopkins y Wallerstein, 1999).

2 A propósito, ver especialmente Danowski y Viveiros de Castro (2019).

pandémica del Covid-19, ocasionada por la propagación del virus zoonótico del SARS-CoV-2, y la vida distanciada a la que hoy pareceríamos estar acostumbrándonos cada vez más, hay que pensarlas sin dudas en estas coordenadas en las que, por lo demás, derechas xenófobas de distinto tipo y color —más concretamente, los ecofascismos y los etnonacionalismos— ya se encuentran interviniendo.

Como sea, ¿de qué forma deberían ser clasificados personajes dantescos y grotescos, mediocres y toscos, desafortunados e ignorantes, como Bolsonaro, Yanine Añez o incluso Juan Guaidó? En relación a la necesidad de estudiar lo que los mismos *designan*, Diego Sztulwark (2019) lleva toda la razón:

El asombro ante fenómenos como el de Bolsonaro, en Brasil, debe servirnos para producir saberes políticamente útiles, que no queden estancados en la parálisis filosófica ante el hecho de que las cosas que vivimos sean “aún” posibles en el siglo XXI. Pensar el fascismo de ayer y de hoy supone, por lo tanto, mantener la guardia en alto con respecto a lo que cada época propone como evolución normalizada del estado de cosas. (P. 80)

A los fines de intentar producir el tipo de saberes no moralizantes de los que habla Sztulwark, permítaseme descartar que alguien como Bolsonaro sea la encarnación de la *nueva derecha* democrática a la que se referían politólogos como José Natanson (2018) en la Argentina para pensar lo que suponía el triunfo de Macri en 2015. Asimismo, y apelando ahora a lo que Perry Anderson (2019) manifestaba en el marco de su lectura del último medio siglo brasileño, podría desecharse de plano la posibilidad de que la actualidad sudamericana sea testigo del ascenso de versiones contemporáneas del fascismo: aun en el caso de Bolivia, en donde medió un golpe de Estado que destituyó al gobierno constitucional de Evo Morales, dando inicio a un régimen de facto que se sostuvo en el poder por un año, no estaríamos en presencia de una fuerza de masas disciplinada a la derecha que i) reacciona al peligro de una revolución social en tiempos de desarticulación o depresión económica, ii) dispone de cuadros orgánicos —en rigor, Añez ni siquiera contaba con un partido propio—, iii) se articula a través de patrones ideológicos claros, etc. Vale decir, la coyuntura no nos enfrenta a una suerte de resurgimiento del *fascismo histórico*.³

Tampoco podría decirse que Bolsonaro o Añez —los casos más extremos del arco— encarnan formas del *posfascismo*, una noción

3 Para una teoría general del fascismo que tenga en cuenta y sopesa las continuidades que se plantean entre sus versiones históricas y contemporáneas, ver Pálheta (2018).

propuesta por Enzo Traverso (2018) a los fines de tematizar los rostros que hoy adoptan las derechas en Europa —Francia, más que nada— y los Estados Unidos como parte de una tendencia antisistémica más general contra ciertos efectos de la globalización neoliberal. No me convence del todo, finalmente, que para hablar de ellos pueda echarse mano sin más a la categoría de “fascismo democrático”, una denominación del filósofo Alain Badiou (2020, pp. 33-34), por medio de la cual se daría cuenta de “una novedad artificial, un lenguaje diferente de promesas violentas, que es interno a las prácticas parlamentarias de la ‘democracia’ capitalista moderna, pero a la vez, externo”.

La alternativa lógica, por consiguiente, sería rotular estos liderazgos como variantes del *populismo reaccionario* que desafía por derecha al orden social institucionalizado capitalista en su fase neoliberal. Entiendo, sin embargo, que recurrir a dicha alternativa tampoco es del todo posible: a diferencia de lo que sucede con las nuevas fuerzas de derechas ascendentes en el Norte Global, Bolsonaro, Áñez y otros, no están reactivamente emparentados con una pérdida de la soberanía y/o un cierto declive imperial de sus países. Sus nacionalismos no tienen absolutamente nada en contra del libre mercado y el capital extranjero. Si son populistas, los suyos son populismos entreguistas, supinos, perfectamente dispuestos a ceder los activos nacionales a los bancos y a las corporaciones globales.⁴

El interrogante sobre la naturaleza de lo que se yergue ante nosotros persiste. Con la finalidad de efectuar una correcta caracterización teórica de los nuevos liderazgos de derechas de la región, querría proponer aquí la hipótesis de que tras el rechazo a aceptar que Bolsonaro o Áñez encarnen versiones contemporáneas del fascismo —e incluso, en un punto, tras el hecho de que lo que personifican no se amolde a las ideas de *posfascismo*, *fascismo democrático* o *populismo reaccionario*— hay una mala conceptualización del neoliberalismo.⁵ De esto se desprende que un acercamiento apropiado a la naturaleza del mismo

4 Este concepto surge en 1938, en el marco del Coloquio Walter Lippmann de París, en el que se sentaron las bases de la futura Sociedad Mont Pélerin. He discutido extensamente en otros sitios sobre la no utilidad de las nociones aludidas para dar cuenta de las periferias en general y América Latina en particular; véase, por ejemplo, Roggerone (2020a).

5 En lo que sigue privilegiaré un acercamiento teórico-conceptual, evitando por ende lo más posible referirme al neoliberalismo en términos históricos. Una aproximación de tal naturaleza puede encontrarse, por ejemplo, en David Harvey (2007). Para un análisis de cómo el neoliberalismo pasó de ser una teoría marginal a convertirse en el proyecto hegemónico más exitoso de los últimos tiempos, ver Srnicek y Williams (2016, pp. 77-100). icek y Williams (2016, pp. 77-100). trabajo de David Harvey (200

permitiría recuperar la categoría de fascismo para describir la realidad latinoamericana contemporánea. La premisa que informa a la hipótesis mentada, en otras palabras, es que en la actualidad el fascismo y el neoliberalismo se encuentran profundamente enmarañados, resultando imposible desligar uno del otro.⁶

Para desplegar la hipótesis referida y atender así al objetivo comentado, procederé en tres pasos: por medio de una lectura crítica de propuestas como la de Nancy Fraser, esbozaré, en primer término, qué supone a mi entender un correcto abordaje y una apropiada tematización del neoliberalismo (I). Habiendo hecho esto, seguiré a Maurizio Lazzarato y algunos intelectuales más, a los fines de corregir la perspectiva de Wendy Brown y ensayar situadamente —es decir, haciendo pie en la realidad latinoamericana— un análisis de las nuevas formas de fascismo que campean en el mundo contemporáneo (II). Finalmente, para concluir, intentaré confrontar el interrogante estratégico por antonomasia —no ya el *¿qué es esto?* sino el *¿qué hacer?*—, cosa que me obligará a polemizar principalmente con los aceleracionistas de izquierdas (III).

I

Quisiera partir entonces de que es incorrecto entender al neoliberalismo únicamente —y subrayo este *únicamente*— como una revolución que, a partir de algún momento de la década del setenta, habría implicado la adopción de un nuevo *espíritu* ideológico justificador por parte del capitalismo y que habría conllevado para este, en cuanto tal, una *victoria pírrica*. Luc Boltanski y Ève Chiapello (2002), Martin Hartmann y Axel Honneth (2009), Christian Laval y Pierre Dardot (2013) y hasta en un cierto punto Wolfgang Streeck (2016), se encuentran

6 Siguiendo lo que Fredric Jameson alguna vez planteara, podría decirse incluso que, en el contexto histórico del capitalismo neoliberal, “las profecías de Theodor W. Adorno sobre el ‘sistema total’ se vuelven realidad” (Jameson, 2010, p. 21). La idea de que Adorno haya sido “el analista de nuestro propio período”, un período, obviamente, que él “no vivió para ver, y en el cual el capitalismo tardío casi ha logrado eliminar los últimos nichos de naturaleza y de inconsciente, de subversión y de estética, del individuo y de la praxis por igual”, suprimiendo asimismo “toda traza de memoria (...) de lo que dejó de existir” (Jameson, 2010, p. 21)— es por supuesto muy potente. Con ella, sin embargo, se corre el riesgo de que el fascismo —Jameson habla de *sistema total*, pero la conjetura es igualmente válida— lo sea *todo* y, por lo tanto, a la vez *nada*. En ocasiones, en efecto, correr ese riesgo ha conducido a sostener cosas insostenibles. Pienso, por ejemplo, en el también frankfurtiano Jürgen Habermas, quien alguna vez acusó al movimiento estudiantil alemán por su “fascismo de izquierda” (Wiggershaus, 2010, pp. 771-772). Efectúo esta observación no por un desmedido afán filológico sino para advertir al lector sobre el alcance de los supuestos de la hipótesis recién formulada.

aquí en una misma trinchera. Incluso la ya mencionada Nancy Fraser, quien ha intentado concebir una teoría ampliada que define al capitalismo como un *orden social institucionalizado*, compuesto por un conjunto complejo de lógicas heterogéneas que suponen diferenciaciones constantemente actualizadas y recreadas, sucumbe a la tentación de reducir el neoliberalismo a una fase específica del modo de producción del capital que inicia a mediados de la década del setenta, tras la crisis del petróleo y las transformaciones del patrón de acumulación que por entonces se desencadenan. De este modo, para Fraser (2020), el neoliberalismo como fase del capitalismo se basa en la empresarialización, monetización y financiarización del medio ambiente, el trabajo y la reproducción social, dejando prácticamente ningún aspecto de la existencia humana librado del cálculo de inversión sobre su futuro valor.

Hay que aclarar que la propuesta de Fraser tiene el mérito de complementar esta determinación estructuralista del neoliberalismo con una segunda en la que él se revela como una ideología sobre el libre mercado —“la ideología más exitosa de la historia mundial”, como alguna vez dijera Perry Anderson (2000, p. 15)— y como un partido político que gana y pierde elecciones y/o, llegado el caso, organiza golpes de Estado. A la luz de la misma, vale decir, el neoliberalismo puede ser conceptualizado como un proyecto que encarna los intereses de ciertas fracciones de la clase social capitalista y, en términos históricos, se relaciona, por añadidura, con los nombres de Carl Menger, Eugen Böhm von Bawerk, Ludwig von Mises, Alexander Rustow, Walter Eucken, Franz Böhm, Wilhelm Röpke, Friedrich von Hayek, Milton Friedman, Antony Fisher, James M. Buchanan, Irving Kristol, Karl Hess, Murray Rothbard y Samuel Edward Konkin III; la Escuela Austríaca de Economía, la Escuela ordoliberal de Friburgo, la Escuela de Virginia y la Escuela de Chicago; el Coloquio Walter Lippmann, la Sociedad Mont Pèlerin, el Instituto de Asuntos Económicos, el Instituto Adam Smith, el Centro para Estudios de la Política, el Instituto American Enterprise, el Instituto de Manhattan para la Investigación Política, la Fundación Heritage, el Instituto Hoover y la Fundación Atlas para la Investigación Económica; los regímenes de facto de Chile y Argentina de la década del setenta, las administraciones de Margaret Thatcher, Ronald Reagan y François Mitterrand de los ochenta, y los gobiernos de Bill Clinton y Tony Blair de los años noventa; las políticas de ajuste estructural y austeridad impulsadas por el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial; el Consenso de Washington y la llegada al poder en América Latina de figuras como Carlos Saúl Menem o Alberto Fujimori.

Fraser sostiene, en efecto, que por más de cuarenta años, el capitalismo neoliberal se expresó políticamente a través de dos variantes —una *regresiva* y otra *progresiva*— y que, en la actualidad, como resultado de la *crisis de hegemonía*,⁷ priman formas *ultrarreaccionarias* que acentuarían la separación del capitalismo y la democracia, reemplazando a esta última por nuevos modos de autoritarismo. Destacamos aquí que subyacen a estas modalidades novedosas un proceso generalizado de *centralización de las periferias* y *periferización de los centros* del sistema-mundo, al que la autora no atiende del todo.

Obviamente, Fraser pasa por alto que el entrelazamiento entre el capitalismo neoliberal y el autoritarismo no es algo *nuevo*. La autora parecería olvidar que el acontecimiento fundante del neoliberalismo y el peculiar *realismo capitalista* que se conformó a resultas suyas —esto es, “la idea muy difundida de que el capitalismo no solo es el único sistema viable, sino que es imposible incluso imaginarle una alternativa” (Fisher, 2016, p. 22)— fue el golpe de Estado en Chile de 1973 perpetrado contra el gobierno constitucional de Salvador Allende, una acción entre varias que en ese momento tuvieron lugar en el Sur Global mediante la cual se instauró el régimen de facto de Augusto Pinochet y sus *Chicago Boys*. En lo fundamental, con dicho golpe se reaccionó a las florecientes experiencias socialistas democráticas y comunistas libertarias que por entonces tenían lugar en el país, para luego poner en pie un laboratorio en el cual se testearon las medidas que muy pronto se aplicarían en todo el mundo (desregulación financiera, apertura de la economía al capital extranjero, privatización del sector público, etc.).⁸

Hay que decir que este olvido de Fraser es algo inherente al análisis político, el cual es eminentemente superestructural y corre siempre detrás de los acontecimientos, distinguiéndose por el impresionismo del que hace gala. A fin de cuentas, fue en su calidad de *analista política* —no de *teórica crítica*— que, en septiembre de 2014 —esto es, un año antes de la victoria electoral de Macri y dos antes

7 Para Tariq Ali (2015), tal crisis orgánica habría agrietado lo que denomina “extremo centro”.

8 Hartmann y Honneth subsumen estas medidas a lo que denominan “revolución neoliberal” —un conjunto de “evoluciones económicas (...) que han contribuido a deslegitimar el capitalismo regulado por el Estado en sus diversas funciones integradoras” (Hartmann y Honneth, 2009, p. 396). Identifican tres procesos interrelacionados clave: el debilitamiento de las actividades de conducción del Estado, la ampliación de la dirección empresarial orientada por los accionistas y, quizá lo más importante de todo, la motivación de la fuerza de trabajo para que emplee “con responsabilidad propia las competencias y los recursos emocionales propios al servicio de proyectos individualizados” (Hartmann y Honneth, 2009, pp. 397-398).

del golpe a Dilma—, la autora señalaba, con una dosis importante de ingenuidad,⁹ que en la región sudamericana en su conjunto, la embestida neoliberal que padecía el mundo entero desde mediados de la década del setenta había generado “una respuesta contrahegemónica” (Fraser, 2017, p. 28). Recordemos que por entonces estaba en discusión si en Venezuela, Brasil y Argentina se había conseguido dar inicio a una fase *posneoliberal*. Por supuesto que Fraser no es la única que sostiene este tipo de apreciaciones. La superficialidad es algo más o menos caro a todos los que elevan la coyuntura a fetiche, practican una descripción que empatiza con lo que *es* —es decir, que toma al pie de la letra o literalmente lo que los actores afirman de sí mismos— y, en consecuencia, hacen culto del *politicismo* y el *inmanentismo*. Para el caso argentino, piénsese por ejemplo en los ya citados análisis que el politólogo José Natanson (2018) ofreció tras la imposición de Macri y la alianza Cambiemos.

Como sea, de la misma manera en que la aproximación estructuralista al neoliberalismo efectuada por Fraser gana mucho al combinarse con una segunda lectura por medio de la cual aquel se revela como un proyecto eminentemente político, el impresionismo en que en ocasiones la autora de *Escalas de justicia* puede abreviar se amortigua gracias a que los análisis de tinte politológico ofrecidos se complementan con una perspectiva de corte más sistémico-general. En sus trabajos, no obstante, se encuentra ausente el que quizá sea el más importante de los registros analíticos: aquel a través del cual el neoliberalismo opera a nivel micropolítico, manifestándose como “un orden de razón normativa que, cuando está en auge, toma la forma de una racionalidad rectora que extiende una formulación específica de valores, prácticas y mediciones de la economía a cada dimensión de la vida humana” (Brown, 2016, p. 35).

Propuesto por primera vez entre 1978-1979, en el marco del célebre curso sobre el *Nacimiento de la biopolítica* que Michel Foucault (2007, p. 17) impartió en el Collège de France —se hablaba allí de un nuevo “arte de gobernar”, de una “manera meditada de hacer el mejor gobierno”—, este nivel de análisis se halla presente en los trabajos de muchos autores contemporáneos.¹⁰ Verónica Gago (2014), por

9 Esta visión ingenua de Fraser da cuenta de una mirada embellecedora y *naif* de las periferias, consecuencia de una más general perspectiva multiculturalista.

10 Queda aún por estudiar seriamente la afinidad que existe entre los planteos de este Foucault y los de la Escuela de Frankfurt. No por nada, en la época en que dictó el curso referido, el filósofo francés afirmó que, de haber “estado familiarizado con esa escuela (...), no hubiera dicho tantas tonterías (...) y hubiera evitado muchos de los rodeos dados” (Foucault, 2003, p. 110).

ejemplo, apela a esta forma de entender al neoliberalismo como racionalidad o “constitución misma de la gubernamentalidad” para “contrapuntearla con las maneras en que [...ella] es apropiada, arruinada, relanzada y alterada por quienes, se supone, solo son sus víctimas” (p. 303). Por su parte, Wendy Brown (2016) se sirve del mismo a los fines de indagar en las consecuencias que la derrota del *homo politicus* a manos del *homo œconomicus* acarrea para la democracia.¹¹ En los términos de Streeck (2016), se trataría del golpe mortal que el “*Marktvolk*” le propicia al “*Staatsvolk*” (p. 84).¹² Aunque este nivel analítico tiene una relevancia central —sobredeterminante, podría decirse incluso—, un correcto abordaje del neoliberalismo conlleva a la vez tanto una tematización estructural como otra superestructural.¹³

11 Brown, asimilando la visión de Foucault, señala que para este último el neoliberalismo entrañaba una “reprogramación de la gubernamentalidad liberal” e, inclusive, del “liberalismo” en cuanto tal (Brown, 2016, pp. 60, 69).

12 Es sumamente interesante el contraste existente entre la lectura de matriz foucaultiana de Brown y la interpretación de cariz socioeconómico propuesta por Streeck. Este último habla de una “desdemocratización de la economía” y una “deseconomización de la democracia” (Streeck, 2016, p. 104). En sus trabajos, el pensador alemán defiende la tesis de que el actual es un modo de producción histórico que acabará más temprano que tarde. Su final, sin embargo, sería no un *colapso* sino un prolongado, declinante y tumultuoso proceso causado por las propias contradicciones del sistema. Lo que Streeck advierte es que, para sobrevivir, el capitalismo occidental requirió —al menos desde la segunda posguerra del siglo XX— salvatajes políticos cada vez más decididos, circunstancia esta a partir de la cual habría surgido una fusión inextricable entre él y la democracia formal burguesa. Ahora bien, ello no implicó que el capitalismo funcionara keynesianamente de manera indefinida, de forma tal que la naturaleza de sus crisis pudiera ser solamente de *legitimación*. Para sorpresa de muchos, dice Streeck (2017), el *capitalismo democrático* que tuvo lugar en los países centrales durante los llamados *trente glorieuses*, llegaría a su fin a mediados de los años setenta, cuando las reformas neoliberales empezaron a ser implementadas a escala global. El punto es que, en última instancia, esto habría conllevado “una victoria pírrica” (p. 82) que resignificaría el famoso lema de Thatcher —*TINA, there is no alternative*—, pues, en su última gran metamorfosis, el capitalismo habría terminado devorando las instituciones que hacían las veces de cortapisas, protegiéndolo de sus propios excesos. Fue así que el estallido de una crisis terminal e irreversible quedó pospuesto. Los gobiernos de los capitalismos centrales se dedicaban a *comprar tiempo* mediante la inflación de la provisión de moneda, la acumulación de deuda pública y, *last but not least*, un abundante crédito para los hogares privados (2016, p. 19). Lo acontecido en 2008, cuando estalló una triple crisis (...) *bancaria*, de las *finanzas públicas* y de la *economía real* (p. 21), habría significado la culminación de esa posición y, por añadidura, el inicio del final propiamente dicho del capitalismo como formación histórica.

13 En este punto, desacuerdo por tanto con Adrián Piva (2020), quien en un reciente y por demás interesante artículo ha dado tres definiciones del neoliberalismo que guardan cierta similitud con los niveles analíticos que acabo de distinguir, pero reconociendo que entre sí resultan incompatibles y en consecuencia imposibles de ser integradas.

A decir verdad, son pocos los autores que en sus acercamientos a la problemática consiguen anudar firmemente los tres registros. Excepciones notables, a las que cito solo para mostrar que tal cosa es posible de ser llevada a cabo, son las de Diego Sztulwark (2019), quien ha atendido con mucha lucidez a los lazos existentes entre neoliberalismo y populismo, y Maurizio Lazzarato (2020), a cuyo trabajo reciente sobre las nuevas formas del fascismo enseguida también me referiré.¹⁴

II

Vimos que en el caso de Nancy Fraser hay en juego un olvido que supone, en última instancia, una rígida diferenciación respecto al autoritarismo y, más en general, el fascismo en cuanto tal.¹⁵ Lo mismo podría decirse de Wendy Brown (2016), quien al situarse en un nivel analítico diferente al de la racionalidad neoliberal, acabó paradójicamente reflejando ciertos aspectos del fascismo, reconociendo de forma tácita que se trata de dos cosas distintas. Efectivamente: las “convergencias entre algunos elementos del fascismo del siglo XX y los efectos imprevistos de la racionalidad neoliberal en la actualidad” (pp. 306-307) no implican, para la autora de *El pueblo sin atributos: La secreta revolución del neoliberalismo*, que esta racionalidad sea una extensión lógica de aquel. En su último trabajo, *En las ruinas del neoliberalismo. El ascenso de las políticas antidemocráticas en Occidente* (2020), Brown ha revisado parte de sus planteos. Su tesis ahora parecería ser que “la racionalidad neoliberal [sí] preparó el terreno para la movilización y la legitimación de fuerzas antidemocráticas feroces en la segunda década del siglo XXI” (pp. 23-24), cosa que, en lo fundamental, no habría sido algo pretendido sino una consecuencia no buscada y de naturaleza aberrante. No obstante, la principal redefinición que la autora propone toca al neoliberalismo en cuanto tal, pues apoyándose en perspectivas como la de Melinda Cooper (2017), y efectuando una lectura a contrapelo de pensadores como Hayek, tematiza a aquel no como una “economización de todo” —justamente lo que había hecho en *El pueblo sin atributos*— sino como “un proyecto moral-político que intenta proteger las jerarquías tradicionales al

14 Asimismo, podría citarse aquí al filósofo italiano Massimo de Carolis (2020), quien se esfuerza por pensar al neoliberalismo de manera integral —esto es, en la multiplicidad de sus dimensiones—, definiéndolo como “el proyecto de un nuevo *mecanismo civilizatorio* (...), una concepción global de la ‘civilización’ alternativa a aquella que había sido hegemónica en la cultura moderna” (pp. 6-7).

15 Esto se observa no cuando la autora aborda el neoliberalismo en términos estructurales sino cuando lo hace exclusivamente en términos superestructurales, es decir, cuando procede como analista política de la coyuntura y no como teórica crítica del capitalismo.

negar la propia idea de lo social y al restringir radicalmente el alcance del poder político democrático en los Estados-naciones” (Brown, 2020, p. 30).¹⁶

Si bien, en este nuevo trabajo, Brown (p. 38) complementa su enfoque foucaultiano previo con una aproximación de corte más neomarxista, deja algo de lado aquella dimensión de análisis estrictamente politológica presente en la propuesta de Fraser y a la luz de la cual —como he sugerido— el neoliberalismo puede ser entendido como un partido político que responde a intereses específicos y que encarna la voluntad de actores concretos. Con todo, el de Brown es un gran esfuerzo por demostrar que el neoliberalismo supone tanto un *desmantelamiento de lo social y la sociedad* como un *destronamiento de lo político y la política*. Con maestría e inmensa lucidez, la autora explica asimismo cómo el rechazo de la moral por parte de algunos defensores neoliberales de la desregulación del mercado y la globalización, paradójicamente habría conducido —vía la extensión de la *esfera personal protegida*— a un robustecimiento de la moralidad tradicional, centrada en los valores familiares, cristianos y heteropatriarcales. En último término, plantea Brown (p. 143), tal situación sería responsable del ataque contemporáneo a la democracia, pues, al imbricarse con las energías reactivas de las heridas de los hombres blancos y sus desplazamientos, la moralidad tradicional habría terminado ensalzando la supremacía masculina, la heteronormatividad y las lealtades étnico-raciales, y, por consiguiente, traicionando al proyecto neoliberal original. La consecuencia última de esto sería, para la autora, la conformación de una época en la que campearían el nihilismo, el fatalismo y el resentimiento.

Con este giro significativo, a partir del cual el nihilismo se intersecta con el neoliberalismo, la libertad es arrancada del habitus de valores tradicionales. La combinación del desprecio neoliberal respecto a lo político y lo social, y una masculinidad herida desublimada, generan una libertad desinhibida, que es el síntoma de la destitución ética, aunque por lo general aquella se disfrace de virtud religiosa o de melancolía conservadora respecto a un pasado fantasmático. (P. 197)

Aludo a esta interpretación lograda, pero en última instancia errónea, puesto que, siguiendo a Maurizio Lazzarato, al no conceder la centralidad que merece la violencia fundadora del neoliberalismo —sus orígenes fascistas, la contrarrevolución revanchista desatada luego

16 A propósito de Hayek —cuya posición eventualmente se convertiría en hegemónica al interior de la intelectualidad neoliberal— y la más amplia perspectiva de la Escuela Austríaca, véase el notable estudio de María Paula de Büren (2020).

del 68 global mediante la cual aquel se configura—, tanto ella como la de Fraser y otros terminan presentando al capital como un agente de modernización e innovación. De este modo evitan reconocer que, tras la fachada democrática, siempre se encuentran los odios de clase, raza y sexo, así como la violencia de la confrontación estratégica.

Para Lazzarato (2020), la gubernamentalidad, el empresario de sí mismo, la competencia, la libertad, la racionalidad del mercado, el capital humano, son todos bellos conceptos que poseen un presupuesto que nunca se explicita y que, por el contrario, resulta cuidadosamente omitido: la subjetividad de los “gobernados” solo puede constituirse en condiciones de una derrota, más o menos sangrienta, que la haga pasar del estado de adversario político al de “vencido” (pp. 20-21).

En los pensamientos críticos de Fraser, Brown, Honneth y Boltanski la paz queda confundida entonces con la victoria histórica que obtuvo el capitalismo y el final de las guerras con la derrota de la revolución. Lo que esa victoria y esa derrota hicieron posible fue una *tabula rasa* subjetiva mediante la que —a escala de lo micro— se hizo lugar a la individualización y la despolitización, y a expensas de la cual surgieron no capitales humanos sino hombres y mujeres endeudados, no empresarios de sí o emprendedores sino deudores.

Un problema adicional de los enfoques críticos en cuestión es que, por lo general, no atienden a la dimensión del agenciamiento subjetivo —un eventual cuarto registro analítico que se suma a los tres previamente identificados— de la que el neoliberalismo tanto depende. Si hoy hay sitio para el ataque a la democracia descrito por Brown es porque existe —y sigo aquí a Emiliano Exposto (2021)— un malestar previo que es estratégicamente violentado por las nuevas formas de fascismo. Con los malestares, en efecto, pueden hacerse múltiples cosas. Si en un primer momento el neoliberalismo apostó por gestionar el padecimiento psíquico —que en su contexto no es ya la pasión triste de la *melancolía* sino la oscura y lúgubre de la *depresión*— a través de la introducción masiva de la fluoxetina y la sertralina en el mercado psicofarmacológico,¹⁷ en la actualidad parece estar empleando la estrategia de la fascistización. En último término, esto es lo que explica la desublimación de la herida masculina blanca y su sinergia con el autoritarismo antidemocrático de las que habla Brown.

En tiempos recientes, las subjetividades devastadas por la financiarización y digitalización de la existencia se agenciaron a nivel macropolítico con nuevas formas de fascismo —los liderazgos de Trump, Bolsonaro, etc.— en las que encontraron una voz, tomaron una con-

17 Para ampliar sobre este punto, ver Roggerone (2020b, pp. 121-131).

sistencia y hallaron una expresión. En lo que respecta a la realidad latinoamericana, es claro que el ciclo de los llamados populismos progresivos despejó el terreno para que estas nuevas formas de fascismo cobraran relevancia. Si en los años setenta el fascismo había actuado en nuestros países como una condición para el surgimiento del neoliberalismo, durante la primera década y media del siglo XXI las experiencias populistas de izquierda, que aseguraban combatir al neoliberalismo, terminaron preparando el terreno para su inflexión (neo)fascista. Así, en la actualidad, los nuevos fascismos llevan hasta el final el proyecto neoliberal, reemplazando a las llamadas *democracias*, que ya no están en condiciones de conducirlo.

¿Cómo sucedió esto? El nombre clave que Diego Sztulwark (2019, p. 38) propone para ofrecer una explicación del caso argentino es el de “voluntad de inclusión”, cuya conformación mediaría otras dos secuencias fundamentales: la del estallido de las subjetividades en crisis y la del deseo micropolítico de integración al mercado. Esta voluntad de inclusión, que opera a través de las ampliaciones del consumo y de la ciudadanía, y que se adueñó del Estado en la primera década del siglo XXI, actuó como un bálsamo normalizador mediante el que se sucedieron toda una serie de defecciones en relación a las pulsiones emancipatorio-radicales y autónomas configuradas con la crisis. Lo paradójico fue que esa voluntad, por medio de la cual lo acontecido en 2001-2002 intentó ser barrido debajo de la alfombra, terminó haciendo las veces de una condición de posibilidad para el retorno descarnado del neoliberalismo y, en última instancia, de la torsión (neo) fascista de él ante la que hoy nos encontraríamos tanto a nivel local como regional. Dicho reacomodo, tal como sugiere Sztulwark, “actúa como sostén último de un programa neoliberal que, no obstante la crisis de sus premisas globales, no es abandonado como fundamento” (p. 60). En sus términos:

Las micropolíticas neoliberales crecieron en la región al calor del estímulo del consumo, de manera tal que las mismas iniciativas que sostenían los ingresos de la población pobre y trabajadora modelizaban aspiraciones y expectativas propias del régimen de individuación neoliberal. (P. 100)¹⁸

18 Hay que estudiar con seriedad de qué forma y hasta qué punto el comportamiento errático y vacilante del progresismo reformista que Alberto Fernández encarna está favoreciendo una agudización de la torsión (neo)fascista del capitalismo neoliberal anteriormente referida. El copamiento de las calles por parte de las derechas y las sucesivas manifestaciones anticuarentena que ocurrieron durante 2020 son elementos centrales a tener en cuenta.

Al respecto, el caso brasileño es, por supuesto, aun más nítido. Él revela “la incompatibilidad radical del reformismo con el neoliberalismo” (Lazzarato, 2020, p. 27). Y esto se debe a que el primero tiene verdaderamente lugar cuando el capitalismo se encuentra amenazado por una revolución —cosa que, desde ya, en tiempos recientes no ha sucedido ni en América Latina ni en ningún otro sitio del planeta— y que el segundo ha sido una reacción ideológica al mundo westfaliano que se configuró en Bretton Woods cuando sí existía un peligro real. A nivel económico pero también subjetivo, las consecuencias de los gobiernos del PT fueron el endeudamiento, la individualización y la despolitización. Si bien Lula llegó al poder en 2003 con un PT ya domesticado —las concesiones, alianzas, compromisos y el abandono de ciertos preceptos programáticos comienzan ya en los años ochenta—, su gestión cambiaría al Brasil drásticamente, transformando las relaciones de clase y ampliando derechos de forma significativa. Lejos de poner fin al neoliberalismo, apostó por el desarrollo de un capitalismo que quedó herido de muerte por el colapso financiero de 2008 y la caída del precio internacional de los *commodities* del que el modelo extractivista tanto dependía.¹⁹ Las protestas de 2013 marcaron un viraje, ya que el PT comenzó a perder apoyo popular y una nueva alianza neoliberal entre las finanzas, los terratenientes del agronegocio, los militares y los evangelistas neopentecostales ultraconservadores empezó a tomar forma. Esa nueva alianza encontraría expresión en el *impeachment* de Dilma, la llegada de Temer al poder y, enseguida, la proscripción de Lula y el fortalecimiento de una figura política hasta el momento marginal y excéntrica, caracterizada por una profunda misoginia, homofobia, racismo, xenofobia y macartismo, admiradora del imperialismo yanqui y cultora del nacionalismo, el militarismo, el ruralismo, el anticientificismo, el antiintelectualismo, el consumismo y el mesianismo religioso. Me refiero, por supuesto, a Bolsonaro, ex militar, ex diputado federal y actual presidente del gigante sudamericano, que encarna a la perfección la intolerancia y la agresividad gestadas a contracorriente durante el período anterior contra los negros, los indígenas, los pobres, las disidencias sexogenéricas a la heteronorma patriarcal, las feministas e incluso los ecologistas, y cuyo objetivo último —puede presumirse— es la realización de un autogolpe mediante el cual se instale un régimen bonapartista y autoritario que ponga fin al semipresidencialismo brasileño.

Giuseppe Cocco (2019) apela a los significantes *cinismo* y *fascismo* para dar cuenta de todo este proceso a través del cual el capital brasileño ha encontrado en Bolsonaro una salida, y el neoliberalismo,

19 Para un balance más amplio de la trayectoria del PT, ver Secco (2021).

en consecuencia, ha logrado reciclarse vía el autoritarismo y el odio a la democracia. A su entender, la hegemonía petista y lulista dentro de la izquierda

consiguió, al mismo tiempo, destruir, primero, todo tipo de movilización autónoma; eliminar, luego, todo tipo de alternativa electoral; y, finalmente, afirmar que el problema del país sería una operación judicial para combatir la corrupción (el *Lava Jato*). El resultado es un gigantesco vacío dentro de una vasta indignación que, a partir de finales de 2014, pasó a ser ocupado por el bolsonarismo. (P. 17)²⁰

III

Bolsonaro, Áñez, Macri y Guaidó no cayeron del cielo. Si aún vale la pena emplear la palabra *fascismo* para referirse a ellos —concediendo, por supuesto, que nada es lo que tienen que ver con los fascismos históricos—, lo vale en tanto por él se entienda *guerra civil* o *contra las poblaciones*. En el capitalismo contemporáneo, la guerra siempre es una máquina puesta a andar mediante otras máquinas técnicas. Más allá de la jerga deleuzeana a través de la que se expresa, esta tesis de Maurizio Lazzarato reviste extrema importancia, ya que permite echar por tierra el mito del emprendedor genial e innovador del garaje a través del que el capitalismo neoliberal se presenta a sí mismo. “Silicon Valley”, escribe el filósofo francoitaliano,

no es el fruto del espíritu de iniciativa de empresarios liberado por fin de la tutela burocrática, sino de cincuenta años de enormes inversiones públicas administradas por la estructura más jerárquica, más disciplinada y más asesina que jamás haya existido: las fuerzas armadas estadounidenses. (Lazzarato, 2020, p. 126)

El advenimiento de la gestión humanista de las fábricas y la gobernanza pacificada de la sociedad, en efecto, es solo un relato. Las ideas de *nuevo espíritu del capitalismo* y de *capitalismo neoliberal progresivo*, entre otras, solo expresan los deseos políticos de los autores que las formulan. Ahora bien, los destinatarios de la crítica de Lazzarato no son solo autores como Boltanski o Fraser sino también, en un plano más general, los aceleracionistas de izquierdas que se embelesan con las máquinas técnicas sin atender como corresponde —el problema es quizá más de forma que de contenido— a “la máquina de guerra (capitalista) que las selecciona y las hace funcionar” (p. 128). En cuanto tal, el *aceleracionismo* es parte de un conjunto de tendencias filosóficas realistas y materialistas que responden a un *giro especulativo* median-

20 Para ampliar, ver Cava y Paolo (2019).

te el cual se ha configurado una nueva escena de pensamiento.²¹ Sus principales representantes son Nick Srnicek y Alex Williams (2017), quienes en su ya célebre manifiesto de 2013 se apropiaron de un término acuñado originalmente por Benjamin Noys,²² pero con la intención de rebasarlo por izquierda. Influenciados por la filosofía francesa del deseo, Nick Land, Mark Fisher y otros pioneros nucleados en la mítica Cybernetic Culture Research Unit, de la Universidad de Warwick, propusieron acelerar el sistema de forma tal que terminara muriendo de una sobredosis de sí mismo:

El futuro necesita ser construido. El capitalismo neoliberal se ocupó de demolerlo, reduciéndolo a un depreciado horizonte de mayor desigualdad, conflicto y caos. Este colapso de la idea de futuro es sintomático del estatus histórico regresivo de nuestra época y no, como muchos cínicos de todo el espectro político nos quieren hacer creer, un signo de madurez escéptica. Lo que el aceleracionismo promueve es un futuro más moderno; una modernidad alternativa que el neoliberalismo es intrínsecamente incapaz de generar. El futuro debe ser partido al medio otra vez para liberar y abrir nuestros horizontes hacia las posibilidades universales del Afuera. (Pp. 47-48)

Lazarato plantea atinadamente que los aceleracionistas de izquierdas,²³ los posoperaístas y las xenofeministas que exclaman “¡Si la naturaleza es injusta, cambiemos la naturaleza!” (Laboria Cuboniks, 2017, p. 133) no pueden dar cuenta del estado de cosas existente de forma correcta, y, por ende, plantear un programa político emancipatorio coherente. A su entender estas corrientes “evitan cuidadosamente problematizar las estrategias de confrontación (de guerra civil) de la máquina de guerra capitalista de las que depende la actualización de las ‘posibilidades’ de la tecnología y la ciencia” (Lazarato, 2020, p. 148).

Desde el punto de vista de lo que las fuerzas de la emancipación tienen que *hacer*, apostar entonces por crear una Sociedad Mont Pèlerin de izquierdas —el proyecto contrahegemónico a largo plazo que Srnicek y Williams (2016) invitan a poner en pie— es un despropósito. Es lamentable que la brillante crítica a la denominada *política folk* y la potente tematización de la hegemonía neoliberal llevadas a cabo por los autores de *Inventar el futuro: Poscapitalismo y un mundo sin tra-*

21 Para una discusión, ver Bryant, Srnicek y Harman (2011).

22 Noys (2010) señaló en su momento que “si el capitalismo genera sus propias fuerzas de disolución, entonces la necesidad es radicalizar el capitalismo mismo: cuanto peor, mejor. Podemos llamar esta tendencia aceleracionismo” (p. 5).

23 Lazarato los denominó aceleracionistas de izquierdas para diferenciarlos de la variante original de Land (2011), caracterizable, a su vez, como de derechas.

bajo terminen de la forma en que lo hacen. Lo mismo cabe para el fenomenal análisis del capitalismo de plataformas, propuesto por Srnicek (2018). Mediante una serie de *hipersticiones*²⁴, Srnicek y Williams (2017, p. 36) abogaban por la recuperación de los futuros perdidos e, incluso, del futuro como tal. Es paradójico —y, tal como sugerí, *penoso*— que este creativo y lúdico ejercicio culminara elevando a modelo la teoría populista de Ernesto Laclau (2005) y las experiencias de Syriza y Podemos. Como si las últimas no hubieran fracasado miserablemente. La capitulación de Alexis Tsipras ante la *troika* y el acuerdo de Pablo Iglesias con el PSOE (parte de *la casta* hasta hace no mucho tiempo denunciada) son quizá los indicadores últimos de esto. Como si la teoría laclausiana —recordemos que el filósofo posmarxista se vanagloriaba de ser el *pensador oficial del kirchnerismo*— no hubiera demostrado ser insuficiente para articular la política emancipatorio-radical que América Latina requiere. Como si, en último término, fuera posible volver atrás en el tiempo y recrear el pleno empleo, las recetas keynesianas y una presencia fuerte del Estado.²⁵

Y aquí vale la pena regresar por un momento a Wendy Brown, quien en un pasaje de su libro *En las ruinas del neoliberalismo* (2020) se horroriza de que la gramática de lo social, incluyendo su importancia para la democracia, haya desaparecido de las visiones del futuro de la izquierda (p. 68). Visto y considerando que en la actualidad el *socialismo* parecería llevar una vez más la delantera sobre el *comunismo* —indicadores de esto serían la popularidad que en los últimos años han obtenido figuras como Jeremy Corbyn o Bernie Sanders, el fenómeno más amplio de los Democratic Socialists of America y, en el plano estrictamente teórico, las intervenciones de un Axel Honneth (2017) o un Bhaskar Sunkara (2020)—, puede decirse que el señalamiento de Brown carece de fundamentos. Hace unos diez años, cuando 2008 se encontraba cerca y acontecimientos y movimientos emancipatorios de todo tipo y color irrumpían en la escena global, podía sostenerse que el enemigo no se llamaba Imperio o Capital sino Democracia (Badiou, 2002, p. 14), y, asimismo, que la hipótesis comunista era la buena hipótesis (2008, p. 112). Hoy pareciera que nos

24 Las hipersticiones son ficciones que apuntan a convertirse en verdad a través de la catalización de sentimientos dispersos en determinada fuerza histórica y efectiva.

25 Por lo demás, en lo referente a la utilidad que el aceleracionismo posee para las periferias en general y los latinoamericanos en particular, entiendo que Alejandro Galliano (2020) lleva la razón: “Como propuesta política y económica el aceleracionismo es, en el mejor de los casos, vago y confuso; en el peor, directamente dañino. En regiones subdesarrolladas como la nuestra (...), la aceleración parece un proyecto menos subversivo y sus partidarios pueden repetir la historia de muchos marxistas latinoamericanos que acompañaron el desarrollismo de los años sesenta” (p. 141).

encontramos nuevamente en el lugar que estábamos a principios de los años noventa, cuando, *después de la caída* —ese fue el título de una obra colectiva compilada por Robin Blackburn (1994) tras la debacle eurosoviética—, el socialismo remitía a la *realidad* y a lo que es *posible* hacer en ella, mientras que el comunismo, por su parte, se asociaba a *lo utópico, lo imposible* y a las pesadillas totalitarias.

Los populismos de izquierdas sudamericanos, las experiencias de Syriza y Podemos, Sanders y los DSA, y, en lo que respecta puntualmente a la teoría, propuestas como las de Srnicek y Williams, Honneth, Sunkara o —por qué no— el propio Thomas Piketty (2014) constituyen, en última instancia, apuestas por oponer a *lo privado* del capitalismo *lo público* —la gramática de *lo social*, decía Brown— del socialismo. Existe, sin embargo, una alternativa que no debemos olvidar. Con demasiada frecuencia parecería que nuestras únicas opciones son el capitalismo o el socialismo, la regla de la propiedad privada o la de la propiedad pública, de modo tal que la única cura para los males del control estatal es privatizar y para los males del capital es hacerlo público, esto es, ejercer la regulación estatal. Pero tenemos que explorar otra posibilidad: ni la propiedad privada del capitalismo ni la propiedad pública del socialismo, sino lo común del comunismo (Hardt, 2010, p. 129).

Hoy como ayer, el socialismo no es el nombre de la infame “fase inferior” del comunismo sino más bien el de su verdadero competidor, el de su mayor amenaza (Žižek, 2011, p. 112), el de un recurso, vale decir, con el que el capital cuenta para posponer el desenlace de su crisis (esto es, su *colapso*). La historia, además, ha demostrado en demasiadas oportunidades que el *mal menor* constituye siempre el camino directo hacia *lo peor*. Si hay fascismo es porque antes se puso en juego la pantomima reformista con la que, en ocasiones, intenta neutralizarse el peligro de una verdadera revolución. Para verificar esto no hace falta escudriñar la trayectoria seguida por la socialdemocracia alemana durante las postrimerías del siglo XIX y las primeras tres décadas del XX. Es más que suficiente atender, como en parte he intentado hacer más arriba, a los años de gobierno del PT y al modo en que despejó el terreno para que un liderazgo como el de Bolsonaro pudiera emerger.

En los últimos cincuenta años el reformismo se ha convertido en un agente del neoliberalismo, cosa que toca absolutamente a todas sus fuerzas. En efecto, lo que recientemente Anderson (2018) señalara con tanta lucidez a propósito de la socialdemocracia o el socialismo *stricto sensu* vale también para los populismos progresivos o de izquierdas.

Si bien el capitalismo ha echado por los suelos toda expectativa de revolución en Occidente, desde hace algún tiempo ya también ha silenciado aquello que tradicionalmente había sido su alternativa. Desde la década de los ochenta, las “reformas” han significado normalmente la introducción de formas más duras, y no más suaves, de capitalismo, formas de explotación y negligencia no menos implacables sino más despiadadas. En esta inversión neoliberal está escrito el destino fatal de la socialdemocracia. Desde el punto de vista histórico a nivel mundial, las diferencias que la socialdemocracia nos ha reportado no han sido significativas. El Estado del bienestar, que se le atribuye, existe tanto en países donde la socialdemocracia nunca ha tenido un poder significativo —Japón, Suiza, Irlanda, Canadá e incluso, a su manera, Estados Unidos— como en aquellos donde sí lo ha tenido. En condiciones favorables, ha dado lugar a un conjunto de pequeñas sociedades en Escandinavia mucho más civilizadas que la media de la burguesía, incluso aunque ahora también estén sufriendo cierta erosión. El balance de aquello que una vez fue el reformismo no es desdeñable, pero es modesto, cosa que no puede decirse de la tradición revolucionaria. Europa se salvó del nazismo en gran parte gracias al Ejército Rojo y hoy día China se acerca a un nivel de crecimiento y poder mucho más grande que el que nunca alcanzara la antigua Unión Soviética. Los crímenes y los desastres del comunismo, por no hablar de sus comportamientos equívocos o de sus cambios de rumbo, son evidentes, pero también lo es que el comunismo cambió el mundo como no lo hizo la Segunda Internacional. (P. 31)

Nada de esto responde, sin embargo, el interrogante fundamental que hoy se nos plantea. La discusión ofrecida en estas páginas revela que hay a la mano algunos recursos para explicar qué es aquello con lo que nos confronta esta *era de la vigilancia* en la que señorean los algoritmos y la extracción de datos, las nuevas formas de fascismo a las que me he referido hay que situarlas sin dudas en este contexto.²⁶ El problema sin solución continúa entonces siendo otro. En efecto, *¿qué hacer?*

No en función de brindar una respuesta concluyente sino más bien de contribuir a la reformulación de dicha pregunta —es decir, de arrojar luz a la misma e, incluso, concederle determinaciones adicionales—, me gustaría concluir estas sucintas reflexiones provisionales afirmando, junto a Lazzarato, que de lo que se trata es de poner a funcionar una máquina de guerra revolucionaria que coloque al pensamiento estratégico nuevamente en el centro de la escena. Y esto supone, claro está, batallar por una nueva subjetivación política que, contra las renuncias de las teorías pos y decoloniales —el ajuste de cuentas con esta tradición de pensamiento ha quedado aquí pendiente—

26 A propósito, ver Zuboff (2020).

te—,²⁷ torne posible desestabilizar la posición de vencidos sacrificiales y víctimas sufrientes a través de la cual el neoliberalismo, ayer como hoy —esto es, cuando es objeto de una resuelta torsión (neo)fascista—, se ha abierto paso.

BIBLIOGRAFÍA

- Ali, T. (2015). *El extremo centro* (Trad. de A. Pradera Sánchez). Madrid: Alianza.
- Anderson, P. (2000). Renovaciones. *New Left Review*, 2, 5-20.
Disponible en: <https://newleftreview.es/issues/2/articles/perry-anderson-renovaciones.pdf>.
- Anderson, P. (2018). Prefacio a la nueva edición. En *Las antinomias de Antonio Gramsci* (pp. 5-32) (Trad. de L. Bassols). Madrid: Akal.
- Anderson, P. (2019). *Brasil: Una excepción. 1964-2019* (Trad. de A. Bixio). Madrid: Akal.
- Arrighi, G.; Wallerstein, I. y Hopkins, T. K. (1999). *Movimientos antisistémicos* (Trad. de C. Prieto del Campo). Madrid: Akal.
- Arruzza, C.; Bhattacharya, T. y Fraser, N. (2019). *Feminism for the 99%: A Manifesto*. Londres y Nueva York: Verso.
- Badiou, A. (2002). *Metapolítica* (Trad. de A. Toscano). Nápoles: Cronopio.
- Badiou, A. (2008). *¿Qué representa el nombre de Sarkozy?* (Trad. de I. Ortega). Ponte Caldelas: Ellago Ediciones.
- Badiou, A. (2020). *Badiou contra Trump* (Trad. de A. Romero). Buenos Aires: Capital Intelectual.
- Blackburn, R. (Comp.) (1994). *Después de la caída: El fracaso del comunismo y el futuro del socialismo* (Trad. del Colegio Nacional de Ciencias Políticas y Administración Pública). Las Águilas: Cambio XXI.
- Boltanski, L. y Chiapello, È. (2002). *El nuevo espíritu del capitalismo* (Trad. de M. Pérez Colina, A. Riesco Sanz y R. Sánchez Cedillo). Madrid: Akal.
- Brown, W. (2016). *El pueblo sin atributos: La secreta revolución del neoliberalismo* (Trad. de V. Altamirano). Barcelona: Malpasó.
- Brown, W. (2020). *En las ruinas del neoliberalismo: El ascenso de las políticas antidemocráticas en Occidente* (Trad. de C. Palmeiro). Buenos Aires: Tinta Limón.

27 Ariel Petruccelli (2020) ha aportado recientemente algunos elementos muy importantes para el desarrollo de tal empresa.

- Bryant, L.; Srnicek, N. y Harman, G. (Eds.) (2011). *The Speculative Turn: Continental Materialism and Realism*. Melbourne: re.press.
- Cava, B. y Paolo, L. (2019). *Bolsonaro: La bestia pop* (Trad. de N. Croza). Vicente López: 90 Intervenciones y Red Editorial.
- Cocco, G. (2019). *Entre cinismo e fascismo: Depois de junho de 2013, narrativas e constituição*. Río de Janeiro: Autografia.
- Cooper, M. (2017). *Family Values: Between Neoliberalism and the New Social Conservatism*. Nueva York: Zone Books.
- Danowski, D. y Viveiros de Castro, E. (2019). *¿Hay un mundo por venir? Ensayo sobre los miedos y los fines* (Trad. de R. Álvarez). Buenos Aires: Caja Negra.
- De Büren, M. P. (2020). *Contraofensiva neoliberal: La Escuela Austríaca de Economía en el centro estratégico de la disputa*. Buenos Aires: IIGG-CLACSO.
- De Carolis, M. (2020). *¿Qué es el neoliberalismo?* (Trad. de A. G. Natolo). Vicente López: 90 Intervenciones y Red Editorial.
- Exposto, E. (2021). *Las máquinas psíquicas: Crisis, fascismos y revueltas*. Buenos Aires: La Docta Ignorancia (en prensa).
- Fisher, M. (2016). *Realismo capitalista: ¿No hay alternativa?* (Trad. de C. Iglesias). Buenos Aires: Caja Negra.
- Foucault, M. (2003). *El yo minimalista y otras conversaciones* (Trad. de G. Staps). Buenos Aires: La Marca.
- Foucault, M. (2007). *Nacimiento de la biopolítica: Curso en el Collège de France (1978-1979)* (Trad. de H. Pons). Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Fraser, N. (2017). El destino de la igualdad en un mundo financiarizado. En Rojas, E. y Cuesta, M. (Dirs.), *Conversaciones con Nancy Fraser: Justicia, crítica y política en el siglo XXI* (pp. 21-32) (Trad. de G. Marando). Buenos Aires: UNSAM EDITA.
- Fraser, N. (2020). *Los talleres ocultos del capital: Un mapa para la izquierda* (Trad. de J. Mari Madariaga y C. Piña Aldao). Madrid: Traficantes de Sueños.
- Gago, V. (2014). *La razón neoliberal: Economías barrocas y pragmática popular*. Buenos Aires: Tinta Limón.
- Galliano, A. (2020). *¿Por qué el capitalismo puede soñar y nosotros no? Breve manual de las ideas de izquierda para pensar el futuro*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Gramsci, A. (1981). *Cuadernos de la cárcel*, Tomo 2 (Trad. de A. M. Palos). Ciudad de México: Era.
- Hartmann, M. y Honneth, A. (2009). Paradojas del capitalismo. En Honneth, A., *Crítica del agravio moral: Patologías de la sociedad*

- contemporánea* (pp. 389-422) (Trad. de P. Storandt Diller). Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Hardt, M. (2010). Lo común en el comunismo. En A. Hounie (Comp.), *Sobre la idea del comunismo* (pp. 129-144) (Trad. de A. Bixio). Buenos Aires: Paidós.
- Harvey, D. (2007). *Breve historia del neoliberalismo* (Trad. de A. Varela Mateos). Madrid: Akal.
- Honneth, A. (2017). *La idea del socialismo: Una tentativa de actualización* (Trad. de G. Calderón). Buenos Aires: Katz.
- Jameson, F. (2010). *Marxismo tardío: Adorno y la persistencia de la dialéctica* (Trad. de M. J. de Ruschi). Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Kurz, R. (2016). *El colapso de la modernización: Del derrumbe del socialismo de cuartel a la crisis de la economía mundial* (Trad. de I. Rial-Schies). Buenos Aires: Marat.
- Laboria Cuboniks (2017). Xenofeminismo: Una política de la alienación. En Avanesian, A. y Reis, M. (Eds.), *Aceleracionismo: Estrategias para una transición hacia el postcapitalismo* (pp. 117-133) (Traducción: M. Reis). Buenos Aires: Caja Negra.
- Laclau, E. (2005). *La razón populista*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Land, N. (2011). *Fanged Noumena: Collected Writings 1987-2007*. Windsor Quarry y Nueva York: Urbanomic y Sequence Press.
- Laval, C. y Dardot, P. (2013). *La nueva razón del mundo: Ensayo sobre la sociedad neoliberal* (Trad. de A. Diez). Barcelona: Gedisa.
- Lazzarato, M. (2020). *El capital odia a todo el mundo: Fascismo o revolución* (Trad. de F. A. Rodríguez). Buenos Aires: Eterna Cadencia.
- Natanson, J. (2018). *¿Por qué? La rápida agonía de la Argentina kirchnerista y la brutal eficacia de una nueva derecha*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Noys, B. (2010). *The Persistence of the Negative: A Critique of Contemporary Continental Theory*. Edimburgo: Edinburgh University Press.
- Palheta, U. (2018). *La possibilité du fascisme: France, la trajectoire du désastre*. París: La Découverte.
- Petrucelli, A. (2020). Teoría y práctica decolonial: Un examen crítico. *Políticas de la Memoria*, 20, 45-62. DOI: <https://doi.org/10.47195/20.649>.

- Piketty, T. (2014). *El capital en el siglo XXI* (Trad. de E. Cazaenave-Tapie Isoard y G. Cuevas). Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- Piva, A. (2020). Crisis del neoliberalismo y nueva ofensiva de las clases dominantes. *Jacobin América Latina*, 1, 54-60.
- Roggerone, S. M. (2020a). Del *centro* a la *periferia*: La teoría crítica de la sociedad y la realidad latinoamericana. En Vedda, M.; Franco, R. y Soares Zuin, A. A. (Comps.), *Estado de excepción en Argentina y Brasil: Una perspectiva a partir de la Teoría Crítica* (pp. 281-317). Buenos Aires: Herramienta.
- Roggerone, S. M. (2020b). *Venir después: Notas y conjeturas generacionales*. Vicente López: Autonomía y Red Editorial.
- Secco, L. (2021). ¿Qué sucedió con aquel PT? *Jacobin América Latina*, 2, 72-80.
- Srnicek, N. (2018). *Capitalismo de plataformas* (Trad. de A. Giacometti). Buenos Aires: Caja Negra.
- Srnicek, N. y Williams, A. (2016). *Inventar el futuro: Postcapitalismo y un mundo sin trabajo* (Trad. de A. Santoveña). Barcelona: Malpaso.
- Srnicek, N. y Williams, A. (2017). Manifiesto por una política aceleracionista. En Avanesian, A. y Reis, M. (Eds.), *Aceleracionismo: Estrategias para una transición hacia el postcapitalismo* (pp. 33-48) (Traducción: M. Reis). Buenos Aires: Caja Negra.
- Streeck, W. (2016). *Comprando tiempo: La crisis pospuesta del capitalismo democrático* (Trad. de G. Garpal). Buenos Aires: Katz.
- Streeck, W. (2017). *¿Cómo terminará el capitalismo? Ensayos sobre un sistema en decadencia* (Trad. de J. Amoroto, Á. García-Ormaechea, J. Madariaga y E. Ordiozola). Madrid: Traficantes de Sueños.
- Stefanoni, P. (2021). *¿La rebeldía se volvió de derecha? Cómo el antiprogresismo y la anticorrección política están construyendo un nuevo sentido común (y por qué la izquierda debería tomarlos en serio)*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Sunkara, B. (2020). *Manifiesto socialista: Por una política radical para un mundo que se volvió invivible* (Trad. de H. Pons). Buenos Aires: Siglo XXI.
- Sztulwark, D. (2019). *La ofensiva sensible: Neoliberalismo, populismo y el reverso de lo político*. Buenos Aires: Caja Negra.

- Traverso, E. (2018). *Las nuevas caras de la derecha: Conversaciones con Régis Meyran* (Trad. de H. Pons). Buenos Aires: Siglo XXI.
- Wark, M. (2019). *Capital is Dead: Is This Something Worse?* Londres y Nueva York: Verso.
- Wiggershaus, R. (2010). *La Escuela de Fráncfort* (Trad. de M. Romano Hassán). Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Žižek, S. (2011). *Primerio como tragedia, después como farsa* (Trad. de J. M. Amoroto Salido). Madrid: Akal.
- Zuboff, S. (2020). *La era del capitalismo de la vigilancia: La lucha por un futuro humano frente a las nuevas fronteras del poder* (Trad. de A. Santos). Barcelona: Paidós.